

La última salida

Federico Axat



DESTINO

La última salida

Federico
Axat

1

Ted McKay estaba a punto de pegarse un tiro en la sien cuando el timbre de su casa empezó a sonar con insistencia.

Esperó. No podía apretar el gatillo con alguien afuera.
Vete, quienquiera que seas.

Otra vez el timbre, después un hombre vociferó:

—¡Abra la puerta, sé que puede oírme!

La voz llegó hasta el despacho con asombrosa claridad, tanta que durante un brevísimo instante Ted dudó de que hubiese sido real.

Miró a su alrededor, como si buscara en la soledad del despacho una prueba de la veracidad de aquel grito. Allí estaban sus libros de finanzas, la reproducción de Monet, el escritorio..., y finalmente la carta donde se lo explicaba todo a Holly.

—¡Ábrame, por favor!

Ted seguía con la Browning a centímetros de su cabeza; empezaba a pesarle. Su plan no funcionaría si aquel tipo oía el disparo y llamaba a la policía. Holly y las niñas estaban en Disney World y él no iba a permitir que recibieran semejante noticia tan lejos de casa. No, señor.

Al timbre se sumó una serie de golpes.

—¡Vamos! ¡No me iré hasta que me abra!

La pistola empezó a temblar. Ted la apoyó sobre su muslo derecho. Se pasó los dedos de la mano izquierda por el pelo y volvió a maldecir al extraño. ¿Sería un vendedor? En aquel vecindario acomodado no eran bien

vistos, y menos si se presentaban de aquella manera descarada.

Durante unos segundos no hubo más gritos ni golpes, y Ted empezó a llevarse el arma otra vez a la sien, muy lentamente.

Comenzaba a pensar que quizás el hombre se habría cansado y marchado cuando una andanada de golpes y gritos confirmó lo contrario. Pero Ted no iba a abrir, de ninguna manera..., esperaría. El impertinente tendría que resignarse en algún momento, ¿verdad?

Entonces algo captó su atención en el escritorio: un papel doblado por la mitad, idéntico al que había dejado en el centro de la mesa para Holly, sólo que este otro no llevaba escrito el nombre de su esposa. ¿Había sido tan estúpido como para olvidarse de tirar a la basura alguna de las notas de prueba? Mientras los gritos se sucedían en la puerta de la calle se consoló pensando que al menos algo bueno saldría de aquella inesperada interrupción. Desdobló el papel y leyó la nota.

Lo que vio lo dejó helado. Era su caligrafía. Sin embargo, no recordaba haber escrito ninguna de aquellas dos frases.

ABRE LA PUERTA ES TU ÚLTIMA SALIDA

¿Las habría escrito en un contexto que ahora no recordaba? ¿Algún juego con Cindy o Nadine, tal vez? No podía encontrarle una explicación a la nota..., no en aquella situación disparatada, con un lunático a punto de tirar la puerta abajo. Pero debía de existir una, claro que sí.

Engáñate todo lo que quieras.

La Browning pesaba una tonelada en su mano derecha.
—¡Abra de una vez, Ted!

Dio un respingo, alerta. ¿Lo habían llamado por su nombre? Ted no tenía una relación estrecha con sus ve-

cinos, pero al menos creía conocer sus voces, y la de este hombre no se parecía en nada a ninguna de ellas. Se puso de pie y dejó la pistola sobre el escritorio. Sabía que no tendría más remedio que ir a ver de quién se trataba. Pensándolo un segundo, no era el fin del mundo. Quienquiera que fuese aquel tipo impertinente, se desharía de él con rapidez y regresaría al despacho para acabar con su vida de una buena vez; llevaba semanas enteras planeándolo y no iba a echarse atrás en el último momento por un vendedor maleducado.

Se levantó con decisión. En la esquina del escritorio había un tarrito con bolígrafos, clips, gomas de borrar a medio usar y todo tipo de pequeños objetos inservibles. Ted le dio la vuelta con un movimiento rápido y vio la llave que había guardado en el tarrito menos de dos minutos atrás. La tomó entre los dedos y la observó con la incredulidad propia de quien se reencuentra con algo que creía nunca más volvería a ver en su vida. Se suponía que en ese momento tenía que estar recostado en su sillón reclinable, con restos de pólvora en la mano y flotando hacia la luz.

Cuando has decidido quitarte la vida —no importa que no tengas dudas al respecto—, los minutos finales ponen a prueba la voluntad de cualquiera; Ted acababa de aprender la lección y detestaba tener que volver a pasar otra vez por ello.

Fue hasta la puerta del despacho con verdadero fastidio; introdujo la llave y la abrió. Sintió otra punzada de ira al ver la nota pegada al otro lado, un poco más arriba de su rostro. Era una alerta para Holly. «Cariño, he dejado un duplicado de la llave sobre la heladera. No entres con las niñas. Te amo.» Parecía algo cruel, pero Ted lo había pensado todo cuidadosamente. No quería que fuera una de sus hijas la que lo descubriera tendido detrás del escritorio con un agujero en la cabeza. Por otro lado, morir en su despacho tenía perfecto sentido. Había sopesado seriamente la posibilidad de tirarse al río, o viajar lejos y

dejarse arrollar por un tren, pero sabía que para ellas la incertidumbre sería peor. Especialmente para Holly. Ella necesitaría verlo con sus propios ojos, estar segura. Necesitaría... *el impacto*. Era joven y bella, y podría rehacer su vida. Saldría adelante.

Se produjo una seguidilla de golpes.

—¡Ya voy! —gritó Ted.

Los golpes cesaron.

Abre la puerta. Es tu última salida.

Podía ver la silueta del visitante detrás de la ventanita que había al lado de la puerta. Cruzó la sala con andar lento, casi desafiante. Otra vez lo observaba todo como lo había hecho con la llave del despacho instantes antes. Vio el inmenso televisor, la mesa para quince comensales, los jarrones de porcelana. A su modo, se había despedido de cada uno de aquellos objetos mundanos. Y sin embargo allí estaba otra vez, el viejo y querido Teddy, deambulando por su propia sala como un fantasma.

Se detuvo. ¿Sería esta su versión de *la luz*?

Durante un instante tuvo la descabellada necesidad de regresar al despacho y comprobar si detrás del escritorio veía su propio cuerpo despatarrado. Estiró el brazo y paseó los dedos por el respaldo del sofá. Sintió el frío contacto del cuero; demasiado real para ser el fruto de su imaginación, pensó. Pero ¿cómo estar seguro?

Abrió la puerta y al ver al joven en el umbral supo por qué podría haber sobrevivido como vendedor a pesar de sus modales. Tenía unos veinticinco años, vestía un impecable pantalón blanco con un cinturón de piel de serpiente y un suéter de coloridas franjas horizontales. Parecía un jugador de golf más que un vendedor, aunque en su mano derecha sostenía un maltrecho maletín de cuero que desentonaba con su atuendo. Tenía una cabellera rubia que le llegaba hasta los hombros, ojos celestes y una sonrisa obscena que no tenía nada que envidiarle al propio Joe Black. Ted imaginó a Holly, o a cualquier otra mujer del

vecindario, comprándole a aquel caballero cualquier fruslería que se propusiera venderle.

—Sea lo que sea, no estoy interesado —dijo Ted.

La sonrisa se amplió.

—Oh, me temo que no vengo a venderle nada. —Lo dijo como si fuese la cosa más ridícula del mundo.

Ted echó un vistazo por encima del hombro del extraño. No había ningún coche estacionado en la acera, tampoco a lo largo de Sullivan Boulevard. El calor no era tan intenso esa tarde, pero caminar semejante distancia bajo el sol debería haber dejado alguna secuela en aquel joven de belleza descarada. Y además, ¿para qué estacionaría a tanta distancia?

—No se asuste —dijo el joven como si pudiera leerle la mente—. Mi socio me ha dejado aquí en la puerta, para no despertar sospechas en el vecindario.

La mención de un *cómplice* no inmutó a Ted. Morir en un robo sería incluso más decoroso que pegarse un tiro.

—Estoy ocupado. Necesito que se marche.

Ted empezó a cerrar la puerta pero el hombre extendió el brazo y se lo impidió. No fue una actitud necesariamente hostil; había en sus ojos un brillo suplicante.

—Mi nombre es Justin Lynch, señor McKay. Si me...

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Si me permite pasar y hablar con usted diez minutos, se lo explicaré.

Hubo un instante de expectación. Ted no iba a permitirle a aquel hombre entrar a su casa, eso estaba más que claro. Pero debía admitir que su presencia le despertaba cierta curiosidad. Al final, la razón se impuso.

—Lo siento. Este no es un buen momento.

—Se equivoca, es el mom...

Ted cerró la puerta. Las palabras finales de Lynch llegaron amortiguadas desde el otro lado, perfectamente audibles. «Es el momento perfecto.» Ted seguía frente a la puerta, escuchando, como si supiera que habría algo más.

Y así sucedió exactamente. Lynch habló en un tono más alto para ser escuchado.

—Sé lo que está a punto de hacer con esa nueve milímetros que ha dejado en el despacho. Le prometo una cosa: no intentaré disuadirlo de eso.

Ted abrió la puerta.